

III

Como á cosa de medio kilómetro de Rocamar, tierra adentro, estaba situada una quinta, que no era por cierto mansión lujosa, pero sí agradable y tranquila. Durante el invierno, y en ocasiones durante el verano, permanecía deshabitada, como sumida en un sueño.

Muchas veces, en la estación del año en que los árboles reverdecen, y á las flores les sobran aromas para dar á las brisas, la casa rejuvenecía, despertaba de la catalepsia, abriendo las dos ventanas

de las buhardillas y desplegando las maderas de los balcones, como si quisiera respirar el aire fresco del Cantábrico. En el jardín, muy abandonado, crecían diversas clases de vegetales, unos de hoja temprana, que rompían las yemas al primer aviso del sol de abril, otros perezosos, dormilones, á quienes sorprendía mayo desnudos ó mal vestidos, y algunos enclenques, anémicos, apuntalados, como inválidos con muletas.

Pertenecía esta posesión á la familia del señor Hermida, que vivía en Nuvareda, capital de la provincia; y la persona encargada de la limpieza y conservación de la finca, era la seña Ramona, en quien aquella familia tenía absoluta confianza.

Corría el mes de junio. El respetable *Tolete* hallábase sentado en un banco á la puerta de su casa, pipa en boca, yesquero de cuerno en mano, dando eslabonazos al pedernal, cuando llegó *Nolo* con una carta... Como el veterano recordaba haber entendido algo de letra en sus buenos tiempos, algún proyecto atrevido debió de surgir de pronto en su mente, porque dejó á un lado los avíos de sacar lumbre, entró en casa y se puso á

réolver y escudriñar en una arca lustrosa y sobada, en la que él guardaba la ropa y los papeles.

—¿Qué buscará ahí ese hombre?— dijo la señá Ramona.

—¡Los antiojos! ¿Sabes tú leer por causalidá?... Pos aquí quien tié que leer soy yo...

—¡El Señor nos tenga de su mano, y nos meta los torreznos en el hocico! ¿Pué que tengas la figuración de que en poniendo las vidrieras vas á arrebañar too el sentido de la escritura?... ¡Ya estás soltando esa carta, que será de *los señores*, y voy en un Jesús á ver al señor cura!

Como si cantara. *Tolete*, sin dignarse oirla, desvainaba de una caja negra unas descomunales gafas de sólida armadura, sabiamente mullida con algodón para evitar que las narices sufrieran deterioro bajo el peso de tanto metal. Sentóse nuevamente el marino, y después de abrir el sobre y de colocarse aquel aparato delante de la vista, quedóse ceñudo y pensativo durante media hora sin quitar ojo del papel. Al fin, descolgó las gafas, levantóse, y entró en casa.

—¿Tas enterao, dotor?...—dijo con sorna la *Mandila*.

—¡Na! ¡Si se ice no se cree!—contestó *Tolete*.

Y dió un paséo por la habitación; luego, parándose al ver que la señá Ramona se caía de risa:

—¡Se ha de ver negro el señor cura pa calar toa esa letra encarnaa!... Me paece, me paece, que al comienzo hay asi como una matemática de números... Ver, vi un ocho; pero no lo juro tampoco... ¡El demonio me lleve si el cura no ha de sudar como la tapadera de la olla!

—¿No te dije yo que ya se te había escapao toa la cencia?... ¡Más claro ni el sol!—dijo la *Mandila*, soltando carcajadas, mientras *Tolete*, andando lentamente, volvió á entenderse con su eslabón y su yesquero.

La carta, según dijo el cura, anunciaba la llegada de los señores de Hermida para el día siguiente. De modo que no era cosa de perder momento, y la señá Ramona se fué al instante á la quinta á sacudir polvo y ventilar habitaciones.

Llegó el día señalado, y la pescadora, llevando en la cabeza un cubo de agua

para dar la última mano de aseo á la cocina, llegó al jardín, atravesó el emparrado y penetró en la casa. Como á los cinco minutos, asomóse á un balcón, y exclamó gritando:

—¡*Nolo!* ¡*Nolo!*

¡Menéate, so zángano!

—¡Voy volando, señá Ramona!...



Y apareció en el jardín el pillete, más vivo y alegre que unas sonajas.

En cuanto puso los pies en el camino enarenado, hizo varias zapatetas. Después el diablo se descalzó una bota puerca y descalcañada, y con el andar cauteloso y el ojo avizor, dirigióse hacia un naranjo, en el cual se solazaba un enjambre de gorriones. El cazador avanzó de puntillas, hasta convencerse de que no erraría el tiro, y entonces ¡zas! disparó la bota.

Los pájaros, como burlándose de *Nolo*, fingieron asustarse, revolotearon unos instantes alrededor de las ramas, y algunos, más descarados, osaron cruzar el espacio,

casi rozando con las alas la cabeza del granuja, el cual dió un salto, exclamando:

—¡Ya caeréis, silbantes!...

Y corrió al sitio donde estaba el proyectil, colocóse de espaldas á él, apoyó las manos en las caderas, y muy lentamente comenzó á doblarse hacia atrás, hasta que, ya rojo como una amapola, logró apoyar las manos en el suelo y morder la bota. La voz de la señá Ramona tronó entonces.

—¡Pero qué hace aquel maldito allí retorcido!... ¡*Nolo!* ¡Que te vas á descoyuntar, condenao!... ¡Aquí en seguida ó voy allá yo!...

Como si le hubieran asestado un garrotazo, *Nolo* cayó de lado, pero eso sí, con la presa entre los dientes.

—Voy á escape... ¡Diez!... No se pue coger ni lo que es de uno...

Enderezóse el rapaz hacia la casa, andando muy despacio y royéndose las uñas. Entró en el portal. Jamás había estado en aquella casa ni en otra semejante; así es, que al ver tanto lujo allí al alcance de la mano, se quedó aielado y entráronle ganas de acariciar los azulejos de la pared; pero cuando el asombro

rayó en estupor fué al ver encima de la mesa una bola dorada como el reloj del señor cura; miróla primero con respeto, después la manoseó como si halagara la cabeza de un perro, y por último, acercó la cara al metal y lo tocó con la lengua.

—¡Sabe á frío!... Señá Ramona,—dijo en voz alta,—¿no decía que veníamos á limpiar? Pos ya está tirándome un trapo.

—A ver si se menea usted...

Nolo miró y remiró la bola dorada, y en seguida en cuatro saltos subió al primer piso, abrió la puerta y colóse en un pasillo empapelado de azul.

—Señá Ramona, ¿hacia onde anda usted?... ¡Contra! ¡Y qué azulao está too!...

—Mucho cuidao con tocar en na, ¿me ascuchas? que estoy aquí... y güelvo á repetir que ojo con las manos, ó habrá sopapos...

Aproximóse *Nolo* hacia donde sonaba la voz de la *Mandila*, y llegó á poner los pies en una salita en la cual vió dos espejos con marcos dorados, una consola de mármol blanco entre dos mecedoras, y algunos cuadros que representaban escenas de caza. Al verse por primera vez en su vida en un espejo de cuerpo entero,

comenzó á bailar el pillete; pero de pronto, como se hubiera pinchado un pie, dió un salto hacia atrás al fijarse en que pisaba la estera y salió al pasillo.

—¿Tendré yo que ir por usted?

—Pero, señá Ramona, si aquí no se pueden poner los pies... Too, too se güelve tela de vestidos hasta nel suelo!...

—¡Límpiate los zapatos, marránazo!

Concibió entonces *Nolo* una idea salvadora. Apoyó las manos en la estera, lanzó al aire las piernas, y así cabeza abajo y trocando en pies las manos, cruzó la sala y apareció ante la *Mandila*, que de puro pasmada no supo decir más que:

—Estás trabajando para que un día te fraña yo las costillas seo animal! ¡Habráse visto criatura más acercada á los empecataos del infierno!

—¡Calla!—exclamó el chicuelo sin hacer caso de la pescadora, fijándose en un hermoso piano de palisandro.

—¡Cuidao conmigo con que la idea te lleve á ponerte á la vera de esa música!

—¡Recontra! ¿qué música?—dijo *Nolo* encarándose con la *Mandila*—¿oye usted algo, señá Ramona?

CAPILLA ALVARO SUTARIA
BIBLIOTECA UNIV. DE VALPARAISO

—¡Cómo se ha de oír, atolondrao, si está escondía ahí adentro?...

—¡Ah, escondía!...

—Claro, hombre, claro,—dijo doña Ramona aproximándose al piano para impedir que lo hiciera *Nolo*, el cual pensativo, con las manos atrás, contemplaba el instrumento.

—¿No se te alcanza,—prosiguió la marinera,—que tiene que estar encerrada ahí, hasta que la señorita Ana, ponga el caso, saca con las manos toa la necesaria?...

—¡Dios! Saque usted un poco...

—¡Virgen de los Remedios! ¡Dios me libre de poner yo la mano en ese tinglao á pique de que se descuajaringue! ¿Estás en tu juicio, hombre? ¡El demonio duerme en pocas pajas!...

—Oiga, ¿y dura siempre esa que está ahí metía?

—¡A mí qué me dices, *Nolo*!... Yo no sé más que lo que vi con estos ojos: la señorita siéntase aquí delante; alza esto de aquí y comienza á revolver y á enredar con los deos en unas cosas blancas que están enfiladas unas con las otras.

—¿Y na más?

—Y basta, en sabiendo la mecánica.

Doña Ramona fuese hacia el balcón, llevando al rapaz del brazo.

—Ó me cantan los oídos, ó estoy oyendo las campanillas de los caballos,—dijo.

—Como si las tuviera en la palma de la mano las oigo yo.

Y luego, dando brincos de alegría, dirigióse *Nolo* á la puerta; pero detúvose la *Mandila* para decirle con entonación severa:

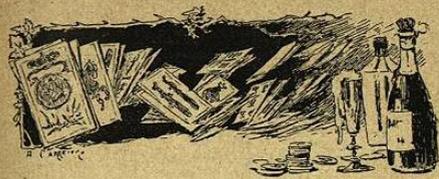
—Voy á darte aquí una lición, para que no se te desapegue del cerebro en jamás de los jamases... Delante de los señores mucho apretar los labios, esconder la lengua y no meter los deos en las narices... ¿Me escuchas? En cuanto lleguen quitas la gorra y como una estaca plantao... Bien; ahora hazte cuenta que la señora, ú quien dice la señora dice el señor, te manda á un recado... pos en un Jesús... y too sin chistar ni hacer la ginasia... ¿Escuchas?

El cascabeleo del carruaje oíase cada vez más cercano. Una nube de polvo avanzaba por la carretera.

—¡La Virgen Santísima los traiga en

paz!—exclamó la *Mandila*.—Ya veo á la señorita haciendo señas con el moquero... ¡Ángel de Dios! Abajaremos, *Nolo*, y mucho ojo con lo dicho si no quies que mañana te resquemén las asentaderas...

Y entrambos descendieron al jardín. La ancha puerta abrióse de par en par, y un momento después dió paso á la carretela que conducía á la familia del señor Hermida.



IV

Para el señor don José Hermida, presidente de Audiencia territorial jubilado, no alumbraba el sol como para el mocetón que le servía de lazarillo por las calles y paseos de Nuvarreda, capital de provincia, distante unas cuatro leguas de la costa cantábrica. Las oleadas de vida, el alimento espiritual que entra por los ojos, faltábale á él que vegetaba en su casa, desalentado y hambriento de luz, como un mendigo de pan. Hacía tres años que aquella alma estaba arrinconada en la sombra. Durante este tiempo, don José había sentido en sí germinar ideas nuevas, sentimientos extraños para él, tan poco dado

CAPILLA DE SAN VICENTE
BIBLIOTECA MUNICIPAL

antaño á las cosas interiores. Unas veces era un remordimiento que osaba darle un lancetazo; otras un grito de rebeldía que elevaba la blasfemia hasta sus labios, y casi siempre un temor, una zozobra que le hacía pensar en una pendiente lisa y bruñida por la cual se deslizaba su existencia hacia un abismo, un sumidero negro, ignoto. Era aquello una eflorescencia de cosas tristes y feas, como la de esa vegetación que brota en los parajes húmedos y solitarios donde viven los hongos. Don José, á veces, procuraba ahuyentar estas miserias recordando escenas de su juventud que, no desteñidas aún por el tiempo, conservaban el color de las cosas alegres.

Pasaba casi todo el día en su habitación, sentado en una butaca: si era en invierno, con los pies abrigados por una manta de viaje; si era en verano, cerca del balcón, envuelto en su bata de seda vieja, una de cuyas mangas ostentaba una mancha de tinta á modo de galón. Allí había limpiado el señor Hermida, durante muchos años, su pluma que muchos tacharon de venal y sucia... ¡Cuántas historias rancias, fragmentos de una

vida lejana, aparecían en el cerebro del antiguo magistrado en esas horas de soledad! ¡Como un lince veía él, en aquel mundo *suyo*, cerrado á toda mirada ajena, en el cual no necesitaba lazarillo! Todo le era conocido. Veía su niñez, sus juegos en la escuela; por un lado asomaba el rostro del maestro, parecido á un macho cabrío de gran perilla; por otro, su padre, alto, fornido, siempre de capa con embozos felpudos color crema. ¡Y su madre! La veía viva, muerta, en la calle, en casa; recordaba sus vestidos, sus gustos, sus frases. Y no digamos nada de lo que se le aparecía al evocar sus mocedades y devaneos: las noches alegres en que había malgastado la salud entre las tinieblas de la borrachera y los placeres del amor carnal, noches de cansancio después de las cuales el cuerpo desfallecido caía en la cama hasta bien entrada la tarde. Y era en vano que el sol vertiera su luz por las calles... En la alcoba de don José se le cerraba la puerta como á un importuno que viniera á despertar al señorito. Parecía que estaba viendo á su madre entrar de puntillas en la habitación cuando

se acercaba la hora de comer, y oyéndola decir en voz baja: ¿duermes?... ¡Con qué gusto, después de levantarse, se remojaba el truhán en el agua purificadora de la palangana, y dejaba en ella el sudor del baile y las impurezas del rostro sobado por los besos de unos labios pintados! Una vez, al ir á lavarse, notó que sus dedos estaban cubiertos de un polvillo blanco y pegajoso. Por la noche había bebido mucho *chartreus*: era el azúcar cristalizada. En otra ocasión, su madre, después de cepillarle la ropa, llamóle aparte y le dijo: «Esta solapa está manchada con polvos de arroz. ¡Uf! apesta á mujer mala. ¡Por Dios, José, por Dios!...»

Cosas por el estilo veía el ciego mirándose á sí mismo. A veces incorporábase, tocaba un silbato de plata que llevaba pendiente de la cadena del reloj y acudía su esposa.

—¿Has llamado?

—Sí, sí... ¿Te acuerdas, Socorro, cómo se llamaba aquella muchacha que asistía á la tertulia de Fulana? ¿Aquella rubia que cantaba?... ¡Pasaron tantos años!

—¿Zutana?

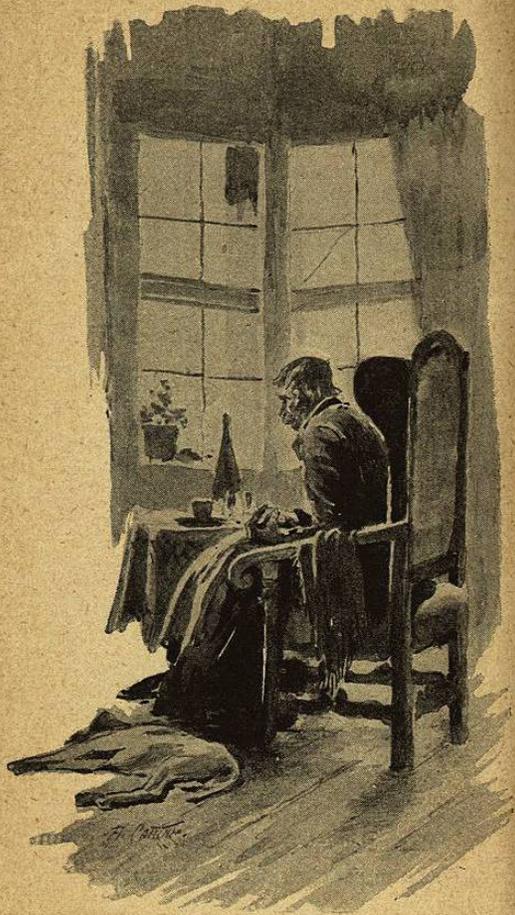
—¡Eh! la misma... ¡Qué cabeza esta!

Y la buena señora, avezada á estas preguntas, volvía á sus quehaceres y el magistrado á sus recuerdos, después de suspirar con fuerte aspiración, como si quisiera orearse por dentro.

No salía el ciego de su despacho ni para comer. La mayor parte del tiempo pasábalo aislado, á pesar de vivir en compañía de su esposa y de Ana, su hija, que era una muchacha alta, de grandes ojos negros, único vástago que le quedaba á don José de los cuatro que doña Socorro había tenido. El enfermo buscaba la soledad. A las horas de comer, colocábanle un velador delante de la butaca, y Ana servía á su padre los platos, y luego el café. A veces el viejo charlaba con ella cariñosamente, y solía decir cuchufletas amargas relativas á su ceguera.

—¿Te acuerdas cuando en vez de llevar la cuchara á la boca la llevaba á las narices?... Ahora siquiera soy un ciego que sabe algo del oficio, ¿verdad? Dame un beso y vete.

Y Ana se retiraba enternecida.



Siempre había sido don José un cavallero. Siendo aún muy joven, la herencia paterna entró en sus bolsillos y paró en ellos lo que el agua en una cesta: las mujeres y el juego se encargaron de dejárselos tan limpios como patenas. De los bienes inmuebles que formaban su patrimonio, sólo conservaba la posesión de Rocamar, de escaso valor y gravada con una crecida hipoteca. Como don José era hombre listo y bien relacionado, al verse sin dinero pensó en su carrera, y se abrazó á las leyes. Gracias á sus amistades, consiguió ser juez y luego magistrado, pasando la mayor parte de su vida administrando justicia, á su manera, con el mismo empaque y serenidad de espíritu que por las noches se iba á jugar á un círculo de recreo ó á ver una muchacha á cualquier tugurio. Contrajo matrimonio con doña Socorro, rayando en los cuarenta; y sobre poco más ó menos, siguió haciendo igual vida. Sólo la ceguera adquirida en la vejez consiguió detener el torrente impetuoso de sus malas costumbres. Ya podían los años, royéndole el cuerpo, envejecerle y consumirle: nunca le faltaron alientos.

Para el goce de este mundo tenía don José una idea consoladora: ¡no envejecían las mujeres! Siempre las encontraba jóvenes, frescas, nuevecitas. Podría acabarse esta ó la otra; pero el sexo sufría una renovación continua... Creía en la eterna juventud del eterno femenino. En cuanto al tapete verde, no había peligro de que se acabara, y el vino era también un fuego inextinguible... Reducíase, pues, la cuestión á ir reparando el propio edificio, tapando goteras, rellenando grietas, enjalbegando paredes; y en esto nadie ganaba en maestría á don José, que manejaba á maravilla toda clase de afeites, zumos y tinturas. Se veía en él un hombre restaurado, pero con arte. Era fama que alguna mujer había, en la flor de la edad, que conservaba amorosamente guardados rizos del pelo teñido del viejo verde...

Fué muy cruel la enfermedad con el señor Hermida, que en vano luchó y reluchó con brío insuperable. Aquel espíritu que hasta entonces dominara la materia, obligando al cuerpo á erguirse y á las piernas á afirmar el paso, sintióse de pronto blando y sin vigor; lo que no

pudo aherrojar el peso de los años, logrólo el mal, que en ocho días le apagó la luz de los ojos, descubrió mil lacerias enterradas bajo la pintura, y exhumó de entre la tinta una cabellera blanca, que todas las noches besaba Ana con labios cariñosos cuando acudía á la cabecera del lecho paternal, á dar las buenas noches al anciano.

—Estás mejor así, canoso, ¡todo blanco, todo blanco!... Te vas á reir... —le dijo Ana un día.

—No sé, hija,—contestó el ciego sonriendo.—La verdad es que nunca me he visto así... Mientras tuve vista siempre fué negro...

Parecía otro el magistrado. La transformación fué profunda. En vez de unos ojos vivos é inteligentes, quedáronle unos ojos opacos, tristes, como esmerilados; en lugar de cutis un pellejo; y en vez de pelo negro y lustroso, aquella nieve de la senectud que enfría todos los ardores y roba el calor del alma. Estaba más hermoso así, con la sublime belleza para el beso filial, para el amor de esposa anciana, para el cariño honrado de los suyos...

No en todo había cambiado don José. A los pocos meses de haber perdido la vista, servíale el desayuno una criada, admitida en la casa algunos días antes de tal desgracia. Incorporóse en la cama el enfermo, y extendiendo hacia ella los brazos, tratando de acariciarla, dijo:

—¡Ven, oye, muchacha!... ¡Eres la última, la última que vi!

Salió la sirvienta corriendo del cuarto y encontróse con doña Socorro, que adivinando lo que pasaba, murmuró:

—¡Dios mío, Dios mío, siempre el mismo!

Y acercó á los ojos el pañuelo, un pañuelo siempre húmedo...



V

A pesar de la alegría juvenil de Ana, la vivienda de los señores de Hermida era triste. Don José, exhalando siempre los miasmas de sus melancolías, era como un foco corrompido que infestaba el ambiente; y doña Socorro, siempre resignada con su provisión de penas añejas, no disponía de un rayo alegre que iluminara las oscuridades de su rostro y las penumbras de su casa...

En los primeros meses de matrimonio, vivió engañada acerca de la conducta de su esposo; pero el primer vislumbre, el primer atisbo de la verdad desconsoladora, fué para ella un relám-